

SECCIÓN HISTÓRICA

UNA GLORIA SANTAFESINA

CRISTÓBAL ALTAMIRANO

1601-1698

(Continuación).

»Concluída esta misión por junio de 1652, se restituyó al Colegio de la Asunción del que, al año siguiente, fué nombrado Rector, y lo fué tres años con grande aceptación de domésticos y externos en tiempos bien difíciles, porque aún no estaba serenada la borrasca que concitó contra aquel Colegio el mencionado Obispo del Paraguay, antes soplaba los vientos desde el Perú donde residía por disposición de los Tribunales, porque sabiendo que un canónigo, a quien tenía nombrado por gobernador y provisor de su Obispado se portaba pacífico con los Jesuítas, no practicando las duras ejecuciones que contra ellos le prescribía, le privó como a transgresor de sus mandatos de aquellos empleos, sustituyendo en ellos a dos émulos declarados de la Compañía, que fueron su más firme apoyo en los más crecidos agravios, con que ejercitó nuestra tolerancia, nombrando por Gobernador Episcopal a un clérigo que más cooperó a la demolición de nuestro colegio, y por Provisor a otro que le sirvió de instrumento para despojarnos con violencia de las Misiones de Itatines, ambos con apretadas órdenes para dar varias molestias a los Jesuítas.

»La noticia de estas disposiciones, anticipada meses antes en la Asunción, llenó de sobresalto a los Jesuítas temiendo nuevos disturbios, según lo que blasonaban los émulos. Encomendó este negocio el Padre Rector, Cristóbal de Altamirano, al P. Juan Ignacio Beyzama que estaba entonces a la muerte para que alcanzase de Nuestro Señor, en viéndose en su Divina presencia, dispusiese que no saliese el infierno con sus designios de perturbar con nuestro reposo el fruto que se empezaba a coger con nuestros ministerios: ofreciólo el Siervo de Dios, y luego que murió se conoció había negociado bien a nuestro favor, porque el nuevo Gobernador Episcopal, recibido de su empleo, no movió cosa contra la Compañía y aun entró a tiempo que el depuesto intentaba mover una guerra a los Jesuítas, quizás por no desagradar a su Prelado y evitar la deposición; el Provisor se trabó en pleitos y competencias de jurisdicción con el dicho Gobernador en que tuvieron suficiente empleo, de su natural ruidoso, sin quedarles atención para causarnos molestia dejándonos gozar de la quietud que pretendía alterar Satanás para impedir el fruto de nuestros ministerios que fué

cual se podía desear en el tiempo del rectorado de nuestro Padre Altamirano promoviendo principalmente el uso de los Ejercicios de Nuestro Santo Padre que provocó se diesen a la mayor parte del Pueblo con tal frecuencia que en ocho meses continuos fueron siempre sucediéndose unos ejercitantes a otros en buen número, con tal reforma de las vidas estragadas cual todo el mundo ha siempre experimentado con este admirable medio de los más adecuados, que tiene la Iglesia para transformar los pecadores en Santos (1).

Concluido el gobierno de aquel colegio solicitó volverse a las Reducciones de sus queridos Indios, cuyo gobierno se le volvió a encargar [seis años después o sea] el año de 1662, gobernando todas nuestras Misiones del Paraguay la segunda vez con el mismo celo, prudencia y aceptación que la primera [que fué desde 1635 (?) hasta 1638 (?)].

»Ocupaba el Padre Altamirano el cargo de Superior de las Reducciones cuando en 1664 determinó D. Juan Díez de Andino, Gobernador del Paraguay, hacer una guerra ofensiva contra los indios payaguas y guaycurús que, así en el territorio de Buenos Aires como en el de la Asunción, cometían atropellos y traían en jaque a las poblaciones todas. Sobre esta guerra poseemos cuatro cartas de dicho señor Gobernador y por ellas venimos en conocimiento de la parte que los misioneros y los Indios de las Reducciones tuvieron en la empresa.

»La primera, cuya fecha es de 12 de Diciembre de 1664, contiene cláusulas que transcribimos íntegras. Dicen así: Mi reverendo Padre Superior, Cristóbal Altamirano. Desde que llegué a esta Provincia, por las noticias que traía de las invasiones, daños y molestias que ha causado en ella el enemigo común payaguá y el estorbo que siempre ha causado a la sementera del Santo Evangelio, fué mi dictamen hacerle guerra en sus propias tierras por excusar y quitar tan grave perjuicio a las nuestras, en cuya materia consulté con grande fe al P. Visitador Andrés de Rada y su Paternidad muy Reverenda asintió tan de corazón a ella que para la ocasión me insinuó todo el fomento y ayuda que de la Compañía de Jesús pudiese darme. Hoy es más viva y vehemente mi determinación por razón de los muchos motivos y pronósticos que estos bárbaros hacen infestando las doctrinas de ipanegira, sambare y atiza que tienen sobresaltados y en contingencias de retirarse huyendo, o disminuirse peleando, demás de lo cual se han adelantado a seguir descubiertos y pelear todas las más de las noches la flota que bajó de la Villa compuesta de 55 balsas y guarnecida de otros tantos más españoles y 400 Indios, sin embargo de lo cual llegaron diferentes veces a embestir y romper las palizadas o trincheras hasta apoderarse de una barca...

»Se me hace forzoso suplicar a Vuestra Paternidad que en los pueblos y doctrinas de su cargo haga de forma que pasado el tiempo esté en esa ciudad 30 balsas ligeras de guerra y 300 indios que las traigan y prosigan en mi compañía la jornada que mediante el favor divino espero hacer...

Dos meses más tarde, a 25 de Febrero de 1665, escribía Díez a Altamirano que estaba muy satisfecho al ver que debido «al celo de Vuestra Paternidad y su Religión tendré toda la asistencia necesaria», pero añadía que convendría que las balsas fuesen no treinta en número sino «40 ligeras con los remos y que de la del socorro de Indios de guerra cuyo número de 300 arcabuceros y

(1) Hemos suprimido varios párrafos de escaso interés histórico.

300 flecheros que me significa D. Pedro de Reyes bastará por ahora, sean 150 arcabuceros y 150 flecheros que hacen 300 (1) indios sin los del socorro».

A 12 de Marzo volvió Díez a escribir al Padre Superior y por su carta sabemos que había éste escrito otras tres, a 16 y 27 de Febrero y 4 de Marzo, poniendo en conocimiento del señor Gobernador cuánto se habían interesado todos los misioneros en apoyar y promover su proyecto. No en vano escribía Díez que quedaba «grandemente agradecido por las diligencias puestas por el Padre Altamirano, quien con su buen celo sabe ser tan puntual».

La última de las cartas que poseemos es del 16 de abril de 1665 y en ella contesta Díez de Andino a otra del Padre Altamirano escrita a 26 de Marzo. Desgraciadamente no poseemos estas cartas del Padre Altamirano, y no dudamos que todas ellas y en particular esta última tendría particular interés para ilustrar los orígenes de esta guerra efímera y sin resultado alguno. Por la respuesta del Gobernador se colige que Altamirano dispuso la construcción de 40 balsas de guerra y levantó y armó el deseado ejército, pero no dejó de manifestar al buen Díez lo inútil que a algunos parecía la tal guerra. «Díceme Vuestra Paternidad, escribe Díez, que mis antecesores con mayores empeños solicitaron esto mismo y que no lo consiguieron... Dígame, Padre y Señor, que mis antecesores no pusieron en ejecución lo que propusieron y fío yo en Nuestro Señor conseguiré con el efecto la jornada de que según tengo escrito a Vuestra Paternidad he dado cuenta al Presidente del Puerto de Buenos Aires» (2).

El Padre Altamirano no se hallaba ya en las Misiones cuando don Díez de Andino puso en ejecución sus planes bélicos. En 1663 y en Córdoba del Tucumán habían celebrado los Jesuitas la décima Congregación Provincial y en ella fué designado el Padre Altamirano para representar la Provincia del Paraguay ante las cortes de Roma y de España. Como no había embarcación que zarpara para Europa siguió trabajando en las Misiones hasta fines del año de 1665. Pasó entonces a Buenos Aires y en esta ciudad se mantuvo ejercitando nuestros ministerios con la misma aplicación que en todas partes, como si fuera un joven, hasta que el año de 1670 se embarcó para Europa en compañía del Visitador (Padre) Andrés de Rada que por orden de su Majestad volvía a dar razón al Real Consejo de las Indias de la visita de esta nuestra Provincia.

El Padre Altamirano, aunque septuagenario ya y bien fatigado en la labor de las misiones «procedió en este empleo dándole todo el lleno que pide y mucha satisfacción así a los señores del Real Consejo como a Nuestro Padre General, Juan Pablo Oliva como lo significó su Paternidad en carta del 15 de julio de 1673 para el Padre Provincial de esta Provincia avisándole cuán bien y a su gusto había cumplido con las obligaciones de un procurador y alabando su buena industria, ejemplo y eficacia en solicitar sus negocios.

«De esta estimación nació la resolución que tomó su Paternidad señalándole Procurador General de todas las Provincias de Indias en la Corte de Madrid; pero le significó el Padre Altamirano tales razones para excusarse de aquel honroso empleo que por no desconsolarle le dió grata licencia para restituirse

(1) En el manuscrito original se lee «200», pero es una manifiesta errata.

(2) Archivo General de Indias (Sevilla), 74-4-15. Son copias.

a su Provincia con una misión de 35 sujetos con los cuales se embarcó el año de 1674.»

Entre los jesuitas que en esta ocasión pasaron a la Argentina debemos recordar a tres de ellos que fueron después insignes misioneros y beneméritos apóstoles: Miguel Angel Serra cuya preciosa biografía escribió y publicó el P. Antonio Machoni, José de Arce tan conocido por sus exploraciones chaqueñas y Policarpo Dufo que tanta parte tuvo en los agitados tiempos de la insurrección de Antequera.

En la «Comparecencia» o registro personal de los viajeros compuesta en septiembre de 1673, ante el tesorero José de Veitia Linaje y en el colegio hispalense de San Hermenegildo, se consignan las notas personales de todos ellos, comenzando por el Superior de la expedición, por el «Padre Cristóbal, sacerdote y comisario de la dicha misión (natural) de Santa Fe, del Río de la Plata; (edad:) sesenta y ocho años cumplidos; (señas particulares:) muy cano, carilargo, color trigueño, alto de cuerpo (1).»

Por otro documento de la época sabemos que además de los treinta y cuatro religiosos trajo Altamirano consigo un regular cargamento de libros, tejidos y utensilios domésticos. Por la Real Cédula de 15 de marzo de 1673 se le autorizó a llevar consigo y sin pagar derechos: 13 cajones de libros, 2 baules chicos con libros, 13 piezas de estameña, 2 fardos de lienzo, 3 valores de papel, 1 cajón de ornamentos, 2 cajones con cardas, 4 cajones de cera labrada, 8 marquetas de cera, 6 paños negros y pardos, 2 cajones con cardas, 10 cajones de vidrieras, 2 cajones con cosas de botica, 20 arrobas de aceite en cuarenta botijuelas, 1 cajón con vasos para beber, 1 cajón y 5 seras con diferentes herramientas de hierro como azadones, achas, azuelas, barreños y podaderas, 5 cajones con cosas de devoción de Roma además de 40 botijas de vino para la mar y varias piezas de cobre para el servicio de los colegios y para la mar como son ollas, cazuelas, peroles grandes y chiquitos (2).

Debió ser a principios del año 1674 que el Padre Altamirano y sus 34 compañeros se embarcaron en los navíos de registro del capitán don Miguel Gómez de Rivero, quien pocos meses más tarde, «llegó a este puerto (de Buenos Aires) con felicidad sin accidente ni pérdida de ninguna nave» como se expresaba en octubre de aquel mismo año el gobernador Andrés de Robles (3), aunque el autor de la vida del Padre Altamirano escribe que «habiendo navegado prósperamente hubieron todos de naufragar ya casi en el Puerto, porque cerca de Buenos Aires encalló el navío que los conducía y estuvo varado algunos días con evidente riesgo de perecer todos los navegantes. Fué Nuestro Señor servido que el navío saliese al cabo de aquel gran peligro, que sin duda permitió para que nuestros jesuitas y su Procurador tuviesen ese nuevo título para darle gracias, y para que les fuese más estimable la tierra de esta Provincia al fijar el pie en la playa, que fué a 11 de abril del mismo año.»

«Despachados los sujetos que podían desde luego, por haber concluido sus estudios, emplearse en el cultivo de las almas, en nuestras misiones del Pa-

(1) Archivo General de Indias (Sevilla): 45-2-6. El P. Pastells (3-67) transcribe este documento y escribe «falta de cuerpo». Nosotros tomamos el dato del mismo documento y hemos transcrito «alto de cuerpo».

(2) Archivo General de Indias (Sevilla): 75-6-9.

(3) Archivo General de Indias (Sevilla): 75-6-9.

raguay, dispusieron los Superiores que el Padre Altamirano pasase con los demás al colegio de Córdoba.» Esto último no fué de tan fácil ejecución, pues si las autoridades peninsulares habían agotado la paciencia del Padre Altamirano con las múltiples dificultades que pusieron para abonar el gasto de la expedición desde Sevilla a Buenos Aires, no menores fueron las que pusieron las autoridades bonaerenses para disponer el traslado de los jesuitas desde el puerto de desembarco hasta la ciudad cordobesa.

Dos meses estuvieron en Buenos Aires esperando el avío de las carretas, y cuando por fin alcanzaron estas, no obtuvieron el suficiente número de las mismas. Las siguientes líneas que tomamos de un memorial del Padre Altamirano escrito al gobernador, señores jueces oficiales, y oficiales de la hacienda, nos dicen cuán injusto era el trato que de parte de aquellos gobernantes recibían con frecuencia los misioneros, a quienes por el mero hecho de ser tales se les quería obligar a las mayores incomodidades. Para apreciar las frases de Altamirano conviene tener presente que las carretas de entonces no tenían sino un reducido espacio interior de unos dos metros de largo y uno y medio de ancho, y recuérdese además que el viaje de Buenos Aires a Córdoba duraba generalmente treinta y cinco días.

«Hablando con el debido respeto, escribe Altamirano a los mencionados señores, sean ustedes de aumentar las cantidades que en la minuto de nuestro avío se contiene; lo primero por el número de carretas, porque siendo los sujetos 33 y las carretas señaladas catorce, es forzoso que algunos lleven a tres religiosos con que irán con incomodidad, y lo que más reparamos, con poca decencia en personas religiosas de la Compañía que con tanta exacción la profesan, y por eso siempre han estilado ir a lo sumo de dos en dos, y los sacerdotes han ido siempre solos, y siendo los (sacerdotes) que vamos cinco eran necesario que se les diesen otras tantas carretas, y si entre los seglares se estilan que vayan solos en sus carretas que mucho se pide en que vayan de dos en dos los que no son sacerdotes cuando la voluntad de Su Majestad es que se conduzcan con la comodidad que a nuestro religioso estado compete?»

Según creemos, nada o muy poco obtuvo en esta causa el Padre Altamirano, pero sabemos que por Real Cédula de 30 de septiembre de 1679 se ordenó al gobernador de Buenos Aires el que atendiera mejor a los misioneros y se le ordenó pagar 57 pesos a cada religioso jesuita por su estadía en Buenos Aires y conducción a Córdoba o a ciudad igualmente distante (1).

Al año siguiente (de llegar a Córdoba) entró el Padre Altamirano a ser Rector del mismo Colegio Máximo que gobernó con grande acierto, promoviendo la regular observancia principalmente con su ejemplo, en que era el que iba a todos por adelante con su incansable tesón, siendo el más aplicado a los ministerios como si no fuera Superior, y procurando se continuasen las Misiones que se hacen con grande fruto por la dilatadísima jurisdicción de aquella ciudad, por lo cual fomentaba mucho a los que se empleaban en ellas solicitándoles todo el alivio y comodidad posible, que es atención bien necesaria en un superior, por ser desmedidos los trabajos que se padecen en aquel apostólico ejercicio.

Estaba como fuera de su centro mientras no vivía en las Misiones de los

(1) Archivo General de Indias (Sevilla): 125-7-6.

Indios, y así mientras fué Rector de Córdoba clamaba con tan vivas ansias por restituirse a las Reducciones que concluído aquel gobierno se lo hubieron de conceder los Superiores, aunque con la precisión de que se había de encargar por tercera vez del gobierno de todas ellas, que aunque era condición bien penosa para quien estaba fatigado de tan prolijos viajes y de larga edad que pasaba de setenta y seis años, la aceptó a trueque de venir a acabar sus días entre los Indios, sus queridos hijos en Cristo.

Gobernó las Reducciones por espacio de cuatro años, en que se ofreció la función de mayor empeño que hasta allí habían tenido los Guaraníes en servicio de su Majestad, y fué el desalojar de la Colonia del Sacramento a los portugueses que habían usurpado el sitio frente de las islas de San Gabriel.

Sobre este insigne hecho de armas poseemos varias cartas del Padre Altamirano y varias otras del Gobernador de Buenos Aires José de Garro, cuya táctica y valentía en esta empresa es digna de todo elogio. El 5 y el 6 de diciembre de 1679 escribió el Padre Superior dos cartas al señor Gobernador poniendo en su conocimiento los proyectos de los portugueses y rogándole le auxiliara si por acaso invadieran las Reducciones. Garro hizo cuanto buenamente pudo y satisfizo por entero los deseos del Padre Altamirano enviándole municiones y poniendo a su disposición cabos españoles que manejasen los indios de armas tomar. Felizmente los tales preparativos no fueron necesarios para defender las Reducciones, pero sirvieron para desalojar a los usurpadores de la Colonia del Sacramento.

Con fecha 7 de febrero de 1680 exponía Garro, en carta del Padre Altamirano, su bien premeditado proyecto y le rogaba que a la mayor brevedad tuviese «dispuestos, prontos y apercebidos 3.000 indios», con los cuales deberían ir dos religiosos para el gobierno espiritual de los mismos (1). El 28 de febrero contestaba Altamirano al Gobernador haber ejecutado cuanto le pedía, y así era en efecto. La carta siguiente escrita por Altamirano el mismo día 28, pone de manifiesto la verdad de su aserto y su noble acatamiento a los deseos del magistrado bonaerense. Aunque algo larga, la copiamos íntegramente. Es un documento digno de ser conocido; va dirigido a los misioneros de las diversas Reducciones, y dice así:

«Aunque me pesa mucho el dar a Vuestras Reverencias este trabajo, pero no es posible el excusarlo por las razones que a cada uno de Vuestras Reverencias se les ofrecerán de obligación y conciencia a nosotros y a nuestros hijos por vasallos tan favorecidos del Rey N. S. y por la quietud que deseamos tener en nuestras doctrinas, de la cual no gozaríamos, si en las presentes circunstancias en que las ciudades de Buenos Aires, Santa Fe y las Corrientes están previniéndose para la guerra, no cooperáramos nosotros a ella, cuando el Gobernador la pretende hacer al común enemigo portugués desalojándole de los parajes en que está fundado que es la Isla de San Gabriel, 6 o 7 leguas distante del Puerto; en ella tiene según me escribe el señor Gobernador y el Padre Orduña, cinco navíos, uno de los cuales se fué a poner a la vista de Buenos Aires desde donde disparó once piezas de artillería y después de esto se volvió a su sitio en tierra firme y en unas Barrancas altas que están en frente de dichas islas tiene ya dos galpones grandes hechos como barracas con cuatro

(1) Archivo General de Indias (Sevilla): 76-2-21.

capitanías de soldados que por mandato de su Rey se han venido a poblarse en dicho sitio, siendo el cabo de todos ellos don Manuel Lobo.

»Estas noticias trajo el Capitán Juan Mateo de Arregui, que con otro fué en un barco a reconocer los navíos y habiendo saltado en tierra en dos caballos que llevaron, hallaron a breve distancia de los navíos un portugués que pescaba y una india con su cría que estaba lavando y de esos tomaron lengua y refirieron lo que ya he dicho; ni satisfaríamos a la obligación de leales vasallos de Su Majestad si negásemos nuestra industria y nuestros Indios a esta empresa que es mandado por uno de sus ministros, el cual nos ha acudido con las Armas y Municiones que Vuestras Reverencias saben y tiene su voluntad muy inclinada a ayudarnos y honrar a nuestros hijos, por lo cual muy encarecidamente ruego a Vuestras Reverencias pongan el hombro a ejecutar todo lo que en este papel diré sin dar lugar a excusas ni réplicas que en casos de guerra no se tienen por convenientes, y retardaría, si se diese lugar a ellas, la puntualidad que es muy necesaria y la obediencia a los que disponen y mandan la guerra.

»Para el buen asunto de ella pide el señor Gobernador tres mil Indios de las Doctrinas, todos armados, la mitad de a caballo y la mitad de a pie y éstos se han de enviar con toda puntualidad. Póngase el «vióse» ordinario en cada Doctrina y el día y hora en que entra y sale este mi billete y vuelva luego a mis manos. No tengo que encarecer a Vuestras Reverencias la obediencia, ni la ejecución y humildad con que los hijos de Vuestras Reverencias se han de portar con todos los oficiales de guerra así españoles como indios, y muy en especial con los Padres que los han de llevar a su cargo para el buen logro de la empresa. Después nombraré dos maestros de campo generales, uno para los indios del Paraná y otro para los del Uruguay. Suspéndanse las mudanzas de los confesores hasta que se haya dado entero cumplimiento a este mi billete y se hayan despachado todos los soldados, que yo avisaré con tiempo a todas Vuestras Reverencias a quienes guarde Nuestro Señor como se lo suplico; en cuyos Santos Sacrificios y Oraciones me encomiendo.

Candelaria y febrero 28 de 1680.

Siervo de Vuestras Reverencias.

Cristóbal Altamirano.»

Junto con esta carta llegó a manos de los misioneros la adjunta nota o bilette: «Los que tocan a cada pueblo pondré aquí según la prorrata que se ha hecho de sus familias, que es como sigue:

Itapua, ciento y noventa.

Candelaria, doscientos.

Santa Ana, ochenta y cinco.

San Ignacio, ciento y cincuenta.

Loreto, ciento y cincuenta y cinco.

Corpus, sesenta.

San Carlos, doscientos treinta y cinco.

San José, noventa.

San Miguel, doscientos treinta y cinco.

Mártires, ochenta.

Santa María, doscientos treinta y cinco.

San Javier, ciento y sesenta.

Concepción, doscientos setenta y cinco.

San Nicolás, doscientos setenta y cinco.

Santo Tomé, doscientos setenta y cinco.

Asunción, ciento y cincuenta.

Reyes, ciento y cincuenta.

(Total) Tres mil hombres; con advertencia que todos los dichos Indios han de ir cuan armados pudieren con las armas que usan; es a saber: los de a caballo: lanzas, adargas, macanas, capacetes y espuelas. Los de a pie, flechas, arcos, piedras, macanas, machetes y rodellones. Los flecheros han de llevar cada uno de ellos 2 arcos 4 cuerdas y 30 flechas; los pedreros que deseo sean los más y que en cada ciento haya cincuenta, han de tener cada uno por lo menos 30 piedras, una docena de ondas y una macana y cuchillo. De cada uno de los pueblos saldrán seis desjarretadoras, treinta cuñas y otros tantos machetes. De cada cien Indios se ha de hacer una compañía de a pie con su capitán, alférez, dos sargentos, caja de guerra con su bandera, que podrá ser de lienzo pintado o lo que tuvieren. De las compañías de a caballo constará cada una de 50 soldados con un capitán y teniente, y estandarte, clarín, chirimía o corneta. Todos los oficiales de guerra han de llevar sus insignias, ginetes los capitanes, venablos los alféreces, alabardas los sargentos; los capitanes de a caballo sus achuelas, y para la marcha, lanzas. Los tenientes de a caballo espada o alfanje desnudo.

»Todos los Indios se lleven sus Pengollos o Pífanos o flautas con que se animen a la guerra. En cada Doctrina se escojan 16 indios, los mejores que hubiesen, que manejen los arcabuces enviados de Buenos Aires, los cuales se les entregarán en Santo Tomé con pólvora y balas. Item cada uno llevará ocho varas de cuerda, frasco para la pólvora y bolsa para las balas. Cada pueblo ha de dar dos balsas de palas y esteras, y dé mucha comida para los indios en maíz y trigo tostado hecho harina y en grano también, y frijoles y un buen saco de bizcocho para los enfermos. Cada pueblo dará para sus Indios la yerba necesaria a ración de doce arrobas por cada cien indios y ésta acomodada en bolsas a propósito para llevar en cabalgaduras; las cuales como todas las demás de carga han de tener sus envalmas o bastos para que no se maten. Item se lleve de cada pueblo el tabaco que se pudiere. Señálense enfermeros en cada pueblo que cuide de los enfermos y lleven las medicinas ordinarias, como son ayudas, ventosas, lanzetas, paños para ilas y vendas, sal, cuchillo para foguear, azufre, piedra de San Pablo, miel de abejas. Una docena de hamacas, por lo menos, para los enfermos. Para cada uno de los soldados de a caballo se han de asignar tres cabalgaduras: una mula y dos caballos. Escójanse caballerizos que cuiden de sus cabalgaduras propias que estarán herradas con el hierro del Pueblo. Con el mismo hierro se señalarán los sacos de comida que hubiere de ir y, fuera de eso, se pondrá el nombre de los pueblos de donde salen. Todos los Padres Curas alistarán luego que reciban éste los soldados que les tocan y me enviarán luego los nombres de ellos en su lista firmada del Padre para que yo la entregue al Padre que ha de acudir de todos estos Indios; pondrán al principio de ella el nombre de los cabos que han elegido. Antes que salgan los Indios de sus pueblos han de confesar y comulgar para cumplir con la Iglesia, e ir bien dispuestos para todo acontecimiento; y de esto se me dará aviso especial. Esté todo prevenido para el día 11 de marzo que es la Dominica

Primera de Cuaresma, lo cual se visitará con exacción, por el sujeto o sujetos que señalaré, y yo he de ver en Santo Tomé y en el Yapeyú toda la gente y todo el avío. Para que no se olviden Vuestras Reverencias de lo que tengo escrito, mandarán hacer un traslado de este papel.»

Hasta aquí el P. Altamirano. Sus órdenes fueron fielmente ejecutadas y sus sabias provisiones contribuyeron sin duda alguna al felicísimo éxito de aquella empresa militar, la más importante que hasta aquella fecha se había realizado en las regiones del Plata. Los tres mil Indios de las Reducciones asaltaron y tomaron con tanto denuedo la amurallada fortaleza de la Colonia, en la mañana del 7 de agosto de 1679, que el Maestre de Campo, el santafesino Antonio de Vera y Mújica no pudo menos de admirar la bizarría y la táctica militar de aquellos bravos soldados, tan fieles a su Rey en las ocasiones difíciles como a su Dios en la pacífica vida de las Reducciones.

El Padre Cristóbal Altamirano era aún Superior de las Doctrinas cuando en 1681 recibió orden de su Provincial, que lo era a la sazón el P. Diego Altamirano, de que enviase a Buenos Aires 500 Indios para la fábrica de la fortaleza que pretendía construir el señor Gobernador. Ejecutó este mandato de su Provincial, pero cuando a mediados del año siguiente tratóse de que 1.000 familias de indios, reducidas por los Jesuitas, pasaran a vivir en Buenos Aires, aunque había Altamirano terminado ya su oficio y sucedídole el P. Alejandro Balaguer, así éste como aquél se opusieron a la arbitraria orden del señor Garro y apelaron a la Real Audiencia de Chiquisaca y al Virrey del Perú. En el Archivo de Indias de Sevilla (74-6-40) consérvase una interesantísima carta del P. Alejandro Balaguer al Provincial P. Tomás de Baeza, en que se exponen con lucidez y precisión las razones que le mueven a apelar contra la orden del señor Garro. Firman esta carta y juran ser cierto cuanto en ella se afirma, además del P. Balaguer, los Padres Cristóbal Altamirano, José Serrano, Ignacio de Feria, Francisco de Rojas y Adrián González.

El P. Cristóbal terminó su gobierno de las Misiones a principios del año de 1682, pero quedó en ellas «como siempre había deseado, y poniéndose de nuevo en ella la tercera probación (o sea el año que se concedía a los jóvenes sacerdotes Jesuitas para adiestrarse en la vida de misioneros), ejerció el empleo de Instructor (de los mismos) por algunos años criando muchos misioneros que han trabajado gloriosamente en aquella viña del Señor, hasta que fué Dios servido de darle el premio de sus heroicos trabajos sacándole de esta vida mortal por medio de una disentería que apoderándose de él en edad tan avanzada le debilitó y postró de manera que no dejó ningunas esperanzas de que escapase. Prevínose muy a tiempo con todos los Sacramentos, que recibió con extraña devoción, y entre actos heroicos de todas las virtudes entregó su alma en manos de su Criador, en la Reducción de los Apóstoles San Pedro y San Pablo a (27) de (Abril) de 1638, a los 97 años de edad, 81 de Compañía y 61 de Profesión, siendo, como ya insinué, el Profeso más antiguo de la Universal Compañía (1).»

«Esto es lo que se ha podido averiguar de los empleos de este insigno misio-

(1) Tomamos las fechas de las «Cartas Anuas». El anónimo autor de la vida que transcribimos las ignoraba y dejó los espacios en blanco, con el fin sin duda de averiguarlas y anotarlas. Cosa que él no hizo, pero la hemos hecho nosotros.

nero y de las acciones de tan prolija vida gastada toda en servicio del Señor y en beneficio de los prójimos. Basta esta noticia para formar un subido concepto de sus grandes virtudes que en toda ella resplandecen; pero con todo individuaré algunas para concluir la relación de su vida.»

Una de sus virtudes características fué su grande amor de Dios y su caridad para con el prójimo. Todas sus acciones iban animadas de este espíritu sobrenatural, al mismo tiempo que las realizaba a los ojos de todos un temple de ánimo varonil, un corazón lleno de ternura y un aprecio grande de todos cuantos indios tenían con él algún trato, aunque no fuera sino pasajero. «Así se experimentó que los Indios que fueron convertidos o doctrinados por el Padre Altamirano fueron siempre los que nos mostraron más amor, y nos miraban con mayor respeto y reverencia.»

Era tan universalmente conocido y apreciado por los misioneros este singular «don de gentes» bárbaras que caracterizaba al P. Cristóbal que, cuando en los últimos años de su vida no podía terciar como antes en las labores temporales o espirituales de las Reducciones, solían los Jesuitas que con él vivían proveerle de avalorios y otras cositas para que el nonagenario tuviera así el placer de poder distribuirlos a los Indios, en lo que tenía singular complacencia.

Grande y muy humano era el corazón de este preclaro misionero. No podía haber necesidad que no proveyese, ni mal que no procurara remediar. «El fué el primero que movido de compasión viendo los inmensos trabajos de los Padres, y que sólo se alimentaban de las raíces silvestres, que usaban los indios, empezó con gran trabajo a plantar plátanos y otras frutas, y alguna caña dulce de la cual sacaba alguna miel, y con todo ello socorría, a sus tiempos, a sus comisioneros.

El, sin embargo, vivía en las mayores privaciones como si nada le faltara. «Su comida en la fundación de las Misiones del Paraguay fué durante muchos años las raíces silvestres que cogían los Indios, sin probar bocado de pan ni saber a qué sabía en siete años; la bebida agua pura sin probar el vino, fuera de la misa, sino es en los últimos años de su debilitada vejez, en que se lo ordenaron los Superiores.

»Finalmente el celo apostólico que tanto resplandece en todas las acciones de este gran varón, se mantuvo siempre en su alma con el mismo ardor sin que aun los muchos años le pudieren entibiar, porque aun cuando más fríos los miembros con la vejez, estaba más vigoroso su espíritu para trabajar cuanto le era posible en bien de los pobres indios. Confusión causaba a todos verle, aun el último año de su vida con 97 años de edad, trabajando más que el joven más robusto.» «Era de mucha edificación, escribía el P. Ignacio Frías en 1699, ver a un Padre tan anciano de casi 100 años predicar, confesar y hacer la doctrina a los Indios, como si fuera mozo.» En una época estuvo tan falto de oído que no podía oír confesiones, pero el santo viejo curó de esta enfermedad que fué la única que en su larga vida de casi cien años le aquejó.

»Predicaba todos los sermones que le tocaba y era el primero que se sentaba en el confesionario y el último que se levantaba. Todos los días, por la tarde, hacía la doctrina a los niños y niñas ocupándose con una alegría en este apostólico ministerio en que se tenía por muy dichoso de poder ejercitarse hasta la muerte, repitiendo muchas veces aquellas palabras del Salmo: «Beatus qui in-

telligit super egenum et nus», con las cuales se alentaba mucho a esperar firmemente los divinos auxilios para la perseverancia final por haberse empleado toda su vida en dicho ministerio, de que tuvo aviso cierto por medio del Venerable Padre y Príncipe de los Misioneros de esta Provincia el ilustradísimo varón Antonio Ruiz de Montoya, que tuvo revelación de que por haberse aplicado nuestro Padre Cristóbal a la conversión y doctrina de los Indios era del número de los Predestinados, noticia que le participó luego escribiéndole estas palabras: «Vuestra Reverencia, mi Padre Cristóbal, persevere en ese ministerio de los Indios y sepa que por dedicarse V. R. a ese ministerio su nombre está escrito en el libro de la vida.» A esto aludía, sin duda, que preguntándole un Padre, cuando estaba para morir, si esperaba en la misericordia de Dios, respondió con gran confianza: «sé de cierto que he de gozar de Dios para siempre».

SANTIAGO STELLA.